



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

El poder amable que puede vencer el mundo

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Cristo dirige a los seres humanos esta maravillosa invitación: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar." Estas palabras llenas de amabilidad y de benevolencia deberían encontrar eco en el corazón de los hombres, que tanto han de sufrir, pero el adversario les encubre su situación. Cuando sienten dolor, se quejan y dicen que es la condición humana y que no la pueden cambiar.

En efecto, hasta ahora la suerte de la humanidad ha sido sufrir y morir, pero actualmente hemos llegado a la época en que se realiza la Palabra del Eterno, que dice: "Veréis de nuevo la diferencia entre el que sirve a Dios y el que no le sirve." Hasta ahora, los que en el pasado quisieron servir a Dios, tuvieron que soportar más y pasar a menudo por tribulaciones especiales.

Los dolores y las tribulaciones son cosas que no agradan a los hombres, ni en general tampoco a los discípulos de Cristo, a los hijos de Dios. No estamos todavía habituados a estimar las pruebas como maravillosas lecciones que, cuando somos dóciles, nos procuran la inmensa ventaja de reformar nuestro carácter y de adquirir una nueva mentalidad.

Démonos bien cuenta de que son las impresiones recibidas por nuestros seis sentidos que forman nuestra personalidad. Nuestro organismo está bajo la acción del espíritu de Dios o bajo la del espíritu del adversario. Cuando está bajo el espíritu del mundo, se gasta y se destruye al cabo de un tiempo más o menos largo, porque las impresiones que recibe así son un veneno que lo matan.

El organismo humano sólo puede prosperar bajo el impulso de las impresiones legales, las cuales le procuran principios de vida; éstos le dan la posibilidad de seguir viviendo y de renovarse de día en día. Estas instrucciones son muy importantes y queremos tomarlas a pecho. Así podremos enseñar este nuevo camino a la humanidad que lo desconoce.

Al principio de la carrera, no nos agrada ser humillados, lo encontramos muy penoso, y sin embargo es muy bueno. No nos agrada ser dejados los últimos, esto nos hace sufrir terriblemente, porque nuestro orgullo es muy grande. No nos agrada que hablen mal de nosotros, y sin embargo, cuando renunciamos, son cosas muy saludables, porque nos ayudan a cambiar de carácter, a ser amables y buenos, llenos de misericordia y de caridad.

Naturalmente, hablar mal de otros no beneficia al que se deja emplear para esta mala faena, porque así incrusta impresiones mortales en su cerebro; pero, para el que soporta la calumnia

por amor a su Maestro, que cubre el mal con el bien para ser un hombre bueno, estaría en gran ventaja de tener estas ocasiones. Las Escrituras dicen: "Si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo."

Ciertas personas, cuando les hacen bien lo devuelven con mal, pero son una minoría. En general los humanos están bien dispuestos hacia los que les manifiestan bondad y benevolencia, y desean a su vez hacerles el bien. El Señor dice que no debemos contentarnos con hacer como los paganos, sino que debemos ser misericordiosos a favor de los culpables, amar a nuestros enemigos, hacer bien a los que nos odian y orar por los que nos maltratan.

Al esforzarme en practicar las exhortaciones de la Palabra de Dios, pude comprobar que esto me traía grandes regocijos e inmensas bendiciones y me ayudó en gran manera a cambiar mi carácter, permitiéndome gozar de mucha paz y consuelo por la gracia divina.

En el mundo, mientras no renunciamos tenemos tribulaciones, pero tan pronto como nos olvidamos a favor de los demás, la tribulación cesa. Cuando no renunciamos, nos vienen toda clase de sentimientos que nos hacen accesibles a las impresiones del adversario. Nos agitamos, nos impacientamos y manifestamos nuestro descontento; una palabra áspera engendra otra, y podemos así acabar por encolerizarnos.

En el mundo se declaran pleitos y cada uno, en vez de ser amable, bueno y perdonar, quiere dominar al otro, y como el otro tampoco quiere dejarse dominar, acusa a su antagonista ante los tribunales; así van las cosas hasta que unos y otros se quedan desnudados.

Los seres humanos pasan muchas tribulaciones, porque andan en un falso camino. y están en las más completas tinieblas. El Señor dijo: "En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido el mundo." Este estímulo nos es dado para que también podamos vencer el mundo, como el Señor Jesús lo venció.

Cuando los fariseos y las gentes religiosas del tiempo del Señor hablaron mal de él argumentando que tenía demonios y que por el príncipe de ellos curaba a los enfermos y hacía sus milagros no tuvo malos pensamientos contra ellos, ni se dejó desalentar por las dificultades, sino que siguió haciéndoles el bien.

Muchos se beneficiaron de la bondad del Maestro, pero no todos se mejoraron, sino que recibieron simplemente los beneficios del Señor; pues para mejorarnos conviene a nuestra vez ser bienhechores, sólo esto puede curarnos definitivamente. Cuando nos enseñan la verdad y procuramos vivirla, nos cuesta al principio

muchas tribulaciones, y si nos esforzamos en hacer el bien y que por contrario nos hacen el mal, esto nos indigna. Cuando tenemos el pensamiento de hacer algo que parece bueno y que no da resultado, nos disgusta que el Señor no haya puesto su buena mano.

Jonás mostró también este rasgo de carácter. El Eterno preparó una calabacera para protegerlo contra los ardientes rayos del sol, y la calabacera le proporcionaba una magnífica sombra. El se alegraba de que esta sombra lo protegiera tan agradablemente, pero un gusano atacó la calabacera y la secó; el follaje se marchitó y Jonás no fue más abrigado. Esto despertó en su corazón sentimientos de descontento contra el Eterno, porque la calabacera se había secado y el sol daba en él.

Las Escrituras dicen que Jonás se enojó a causa de la calabacera, pero no le enojó el castigo contra Nínive ni la, destrucción de sus habitantes. El Eterno había dicho a Jonás que fuese a Nínive para advertir a sus habitantes que dentro de cuarenta días sería destruida su ciudad a causa de su maldad y de su impenitencia. La sentencia del Eterno anunciada por Jonás no se cumplió porque los moradores de Nínive se humillaron ante el Eterno y así pudieron ser librados del castigo.

Esto se comprende así: Los moradores de Nínive habían cometido acciones susceptibles de ocasionar grandes tribulaciones; pero como se enmendaron, el desastre no se produjo. Es como lo que sucedió en una gran ciudad donde, desde la primera guerra mundial, tenían una gran reserva de gases asfixiantes; al no resistir más los recipientes, hubo una explosión. Si el viento hubiera soplado en dirección a la ciudad, las tres cuartas partes de sus habitantes hubieran sido asfixiados.

Esta historia puede ilustrar las prácticas peligrosas de los ninivitas; habiéndoles pregonado Jonás, la ciudad fue protegida. Las Escrituras muestran que Jonás se enojó porque el Eterno no ejecutó la sentencia contra Nínive, y porque la calabacera se secó. Entonces el Eterno le dijo: "Tuviste tú lástima de la calabacera... ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?"

Jonás comprendió la lección, pero necesitaba pasar por la terrible prueba en el vientre del gran pez. Esperemos que no tengamos necesidad de semejantes pruebas para comprender el lenguaje del Eterno y hacer lo necesario, pues Jonás fue terriblemente probado. Cuando fue tragado por el gran pez, su alma se llenó

de angustia y se sentía en la morada de los muertos. Más prudente es aceptar enseguida los caminos del Eterno tal como se presentan, y renunciar. Entonces desaparecen todas las tribulaciones, todas las dificultades y el Señor nos da su bendición.

El Eterno es siempre el mismo, no cambia, porque es perfecto. El nos ha dado también una Ley perfecta. Hoy tenemos más facilidad que los que vivieron antes y que desconocían la maravillosa Ley divina. Esta ley está inscrita en nuestro cuerpo. Cuando hacemos cosas ilegales, notamos dolores y tenemos inmediatamente la sensación de que no hemos obrado según la ley. Es un termómetro que nos señala hasta qué punto cumplimos con nuestro deber.

Las maravillosas instrucciones del Señor nos muestran que para vencer el mundo, es preciso primero vencer nuestra mentalidad. Nuestros malos hábitos son muebles que pertenecen al adversario, y con ellos él tiene su morada en nuestro cerebro. Estos muebles, o malos hábitos, debemos mudarlos cuanto antes, para que el adversario no tenga nada suyo en nuestro cerebro; estos serán eliminados por los nuevos rasgos de carácter. Vencer el mundo es combatir estos hábitos con las armas de luz que nos da el Eterno, y que son poderosas para librarnos de nuestra mentalidad diabólica.

Nuestra mentalidad está hecha de las impresiones del mundo recibidas al servicio del adversario. El diablo ha formado en nuestro cerebro una maravilla de hipocresía, de orgullo y de egoísmo. El misterio de la iniquidad es todo lo que es edificado sobre el egoísmo, y es horrible. Para ver claro necesitamos ser ejercitados en la sabiduría divina.

Los seres humanos piensan que ellos son buenos y que sólo los demás son malos. Les agrada que los admiren, cuando han hecho algo que estiman meritorio. En cambio, el Señor dice que no pregonemos nuestras buenas acciones. El Eterno sabe todo y es El quien recompensa. Notamos, pues, que nuestra mentalidad está aún apegada a los principios del mundo, opuestos a los principios divinos.

El profeta Jeremías dijo: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso". Admitimos generalmente que los demás son de veras así, pero que esto no nos concierne personalmente. Sin embargo, todos somos así, porque hemos sido educados en las tinieblas, y en ellas estamos aún mientras no hemos reformado nuestro carácter. Sólo cuando empezamos a andar en la luz, en el maravilloso camino de la vida abierto por nuestro querido Salvador, comprendemos que no tan sólo los demás tienen el corazón engañoso y perverso, sino que estamos en la misma situación.

Vemos, pues, que no debemos vigilar a los demás, sino a nosotros mismos, para que podamos mejorarnos y alcanzar el resultado deseado, es decir, la vida. El Señor nos recomienda encarecidamente que venzamos el mundo, al vencer nuestros malos hábitos del mundo, para formar un nuevo cielo, el pequeño rebaño, y una nueva tierra, el Ejército del Eterno. Todo esto se manifiesta con el cambio del carácter, sin el cual no hay nada.

Por eso el apóstol Pedro dijo: "El Señor no tarda en el cumplimiento de la promesa... sino que usa de paciencia, no queriendo que ninguno, perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento", es decir, al cambio del carácter, que nos asegura la victoria definitiva.

Nuestro objetivo ha de ser el cambio de nuestro carácter, tanto para el pequeño rebaño

como para el Ejército del Eterno. Es menester ahora que sea manifestado el tabernáculo de Dios entre los hombres. Esto requiere verdaderos sacerdotes llenando su ministerio y cuyas intercesiones sean verdaderamente eficaces, al ser acogidas por el Eterno. Cuando el tabernáculo de Dios funciona entre los hombres, la muerte es vencida, por el hecho de que el espíritu del mundo, que engendra la muerte, es totalmente expulsado.

Los seres humanos mueren a causa de las malas impresiones del espíritu del mundo, que son un verdadero veneno que ingurgitan cada día a pequeñas dosis. Todas estas impresiones los llevan a la tumba. Tenemos las maravillosas exhortaciones divinas y somos instruidos en la sabiduría de Dios que procura la vida al que se penetra de ella. El apóstol Juan vio la nueva Jerusalén descender del cielo, resplandeciente como una piedra de jaspé, transparente como el cristal, y no teniendo ninguna huella de egoísmo.

El Señor conduce a su pueblo maravillosamente. Conocemos los siete períodos de la iglesia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Actualmente se refleja aún en los diversos países esas fases de la iglesia con los mismos rasgos característicos. Es inefable constatar cómo el Señor ha dirigido y guardado a su pueblo, dándole el alimento a tiempo, pero vemos también ahora que hay que poner a un lado el egoísmo. Debemos mirar la verdad de frente, a fin de recibir del Eterno los impulsos de vida que nos dan un maravilloso arranque para seguir adelante y realizar el programa.

El Eterno está, deseoso de darnos el querer y el hacer, porque nos lo ha prometido. Nunca debemos decir que no podemos, porque es falso de parte de los hijos de Dios, puesto que el Señor nos procura el querer y el hacer según su beneplácito. El nos asegura toda la ayuda necesaria para afirmar nuestro llamado. El quiere darnos toda su bendición, pero es necesario que nos dejemos conducir.

Conocemos la época de Sardis y los frutos de Laodicea. Laodicea ostenta su orgullo y el Señor le dice: "Tú eres pobre, miserable, ciega y desnuda". Si no procuramos reformarnos, será imposible reconocer nuestro estado. Es sólo en el momento en que nos esforzamos en vivir el misterio de la piedad, reformando nuestro carácter, como el misterio de la iniquidad que reside en nuestro corazón puede revelarse a nuestros ojos, y como podemos reconocernos pobres y miserables.

Es una inmensa bendición conocer nuestro estado, porque entonces podemos tomar a pecho las exhortaciones divinas, y ver que el Señor hace todo lo necesario para que podamos salir de nuestra terrible ceguedad. Después de Laodicea vino el tiempo actual, en que nos fue traída la maravillosa verdad, con la clara explicación de la presencia del Señor.

Yo había comprendido la presencia del Señor Jesús desde hacía tiempo, pero no era aún el momento de revelarlo a los hermanos y hermanas, porque no lo hubieran podido soportar. Me callé y esperé el momento propicio. Antes de recibir *la Revelación divina*, en 1919, yo estaba del todo a las claras sobre esta cuestión de la segunda venida del Señor. Pero, en ese momento, el pueblo de Dios sólo era capaz de entender *la Revelación Divina*.

Más tarde, cuando di una aclaración sobre la segunda Venida del Señor, algunos tuvieron temor de que mis afirmaciones no estuvieran de acuerdo con la Biblia, y me hicieron toda

clase de preguntas, me citaron una cantidad de pasajes bíblicos, pero todos ellos fueron aclarados poco a poco por la gracia divina, para mostrar que todo concordaba con el mensaje traído por el Señor. Así todo el mundo se quedó satisfecho y convencido.

El Señor conduce todo maravillosamente y sólo da la luz a medida que se hace soportable, para que su resplandor no ciegue a los que no están bastante afijados. Por eso, primero se requiere la manifestación de un pequeño rebaño y que haga propiciación con el Señor. Es lo que la iglesia católica sustituye con la misa, que es una imitación diabólica y miserable del sacrificio del pequeño rebaño.

El cuerpo de Cristo es la asamblea; los católicos lo saben muy bien. Según ellos, los que actúan son los sacerdotes, y como sus sacerdotes no quieren sufrir, ofrecen pan en lugar de ofrecerse a sí mismos. Nosotros hemos comprendido el ministerio del pequeño rebaño y hemos deseado vivirlo, explicarlo a los hijos de Dios para que hagan lo necesario.

Actualmente el mundo ha de ser vencido. Es la revelación de los hijos de Dios que dará este maravilloso testimonio a los seres humanos. La bendición debe expresarse tan poderosamente por el tabernáculo de Dios establecido entre los hombres, que los seres humanos digan: "Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y caminaremos por sus sendas."

He aquí lo que representa le segunda venida del Señor manifestada en sus santos, y en los que han creído. Es esta la maravillosa aparición del Señor. Laodicea mencionaba ciertas cosas que eran exactas. Decía que el Señor era ya un espíritu vivificante; pero después de esta afirmación, mencionaba que él regresaría del cielo, que lo retenía hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas.

Por eso Laodicea fue al encuentro del Señor, como lo muestra la parábola de las diez vírgenes; no comprende el lenguaje divino por no haber hecho lo necesario para comprenderlo. Estamos ahora en la época en que es traída la verdad. El Señor establece sobre su Casa y sobre sus bienes al servidor que la dispensa a su pueblo con el alimento a tiempo. Cada día este alimento viene a ser más maravilloso de colorido, salando con su sabor toda la tierra.

Así el Señor nos estimula y nos concede todo lo necesario para llenar nuestro ministerio, Nos dice: "Confíad, yo he vencido el mundo, vosotros lo venceréis también". Nos dice también por el apóstol Pablo: "Todo lo podemos por Cristo que nos fortalece", y por el apóstol Juan: "La victoria que triunfa del mundo es nuestra fe".



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Estamos deseosos de vencernos con la ayuda de Dios para venir a ser felices?
2. ¿Es para nosotros una alegría continua la victoria sobre el mundo?
3. ¿Encontramos ahora fáciles las tribulaciones que teníamos antes?
4. ¿Qué felicidad hemos experimentado con el cambio de nuestros hábitos?
5. ¿Sentimos el inefable socorro divino porque aceptamos todas las lecciones del Señor?
6. ¿Estamos asociados a la Obra de Dios para establecerla a pesar de la oposición?